

DADY BRIEVA

Después de festejar los treinta años de la formación del inolvidable trío Midachi, este humorista santafesino, fenómeno de masividad, despliega su carisma en radio y televisión y hasta decidió, en plena invasión de la tecnología en el espectáculo, volver a pararse en el escenario con su sola presencia y un relato rico en recuerdos y sensaciones del pasado, la niñez, el encanto de lo retro. Dady Brieva, además, se anima a testimoniar un fenómeno social en aumento: el trance doloroso y esperanzador de un hombre de 50 que se separa y rehace su vida con una mujer menor y redescubre la paternidad. En un mano a mano bien picante, Dady y el amor, el humor, el sexo, los hijos, la autoridad paterna, los mitos urbanos y mucho más...

Beto Casella: *Me gusta el jean roto.*

Dady Brieva: *¿Sí? No me lo iba a poner porque me queda un poco chico. Estoy medio gordito.*

—*¡No! Estás muy bien.*

—No. Quiero estar flaco.

—*iPero a vos te cargaban por miope y por el mentón!, ivos eras el pibe fulero! Mirate ahora: un galán. No te fuiste a tunear a un quirófano, ¿no?*

—No, como las Cataratas, natural.

—*Te sacaste los lentes.*

—Yo fui el primer hipermetrope operado en Latinoamérica y el médico que me operó llevó este caso testigo a Inglaterra.

—*Botox, nada.*

—Mirá, para que quede claro, la cara la quiero como está en el DNI. Pero el cuerpo, sí, me gustaría. Si hubiera una pastilla... Las pastillas son soretes de Platero, yo las mastico, me las como con miel, con tal de...

—*¿Qué te sacarías?*

—Culo, piernas, las rodillas. Empecé a correr y tengo que operarme la rodilla. Estoy como esos Bedford que tienen los elásticos cortados y vienen inclinados por la ruta...

—*Por ahí te inventaste tu propia biografía pero has contado que dabas pena, que rebotabas seriamente con las chicas.*

—Muy bagayo, muy bagayo, yo sacaba a bailar al bulto. Aparte, ivergonzoso!, complejo de inferioridad, gordo, me faltaban los dientes... Aparte, antes no había psicología, los padres no se psicoanalizaban, los complejos de inferioridad se llevaban, digamos, hasta las últimas consecuencias.

—*¿Y cuándo te avivaste?*

—Nosotros no nos avivamos, sobrevivimos. Siempre digo que el guapo es el que aprende a cocinar con lo que hay en la heladera. Yendo a un supermercado multinacional cualquiera es guapo y cocina; nosotros aprendimos con lo que había. Nosotros hemos presentado batalla. Es generacional.

—*Con Dady hemos charlado mucho, a veces nos mandamos algún mensaje de texto, y doy fe de que vive agregándole un chiste a lo que dice, que se parece muchísimo a lo que muestra arriba del escenario. ¿Alguna vez te caés o andás deprimido?*

—No, no, no soy así, loco. Me pongo triste, sí, de vez en cuando.

—*¿Qué te quiebra?*

—Que mis hijos se enfermen. Cuando tengo pensamientos malos de que les pase algo malo a mis hijos, sobre todo a los más grandes, que no viven conmigo, y son las tres de la mañana y no puedo dormir y digo “mirá si salió un hijo de puta que le pegó un botellazo en la cabeza, mirá si no me avisan”. Y me quedo dando vueltas como un estúpido. Pero esas cosas me alteran, no me deprimen.

—*¿Cómo estás viviendo esta nueva paternidad a los cincuenta y pico?*

—Bárbaro.

—*Porque está pasando mucho esto de un hombre de 50 que se engancha con una señorita de 20, y muchas veces él, que ya tiene hijos grandes, no tiene ganas de retomar el tema paternidad, y ella sí quiere porque todavía no hizo ese camino. Es un tema.*

—Para mí no, mi experiencia funcionó bien. De todas maneras, yo sé que vos fogoneás porque trabajás en los medios, esta cosa de armar un nicho: “todos los de 50 se tiñen y se enganchan con una más joven y hacen cosas así para parecer de 22...”. ¡Pará, que entramos todos en la bolsa! Yo no soy ningún... Yo me enamoré, eso pasó así. Podría haber sido un travesti. Yo me enamoré y de ahí en más hice todo para salir, como lo hemos hecho todos.

—*Lo que yo digo es que hay gente con casos parecidos al tuyo que dice “no, hijos no me pidas”.*

—Me parece una pelotudez. ¿Por qué hijos no? Es como decir “voy a cruzar los Andes con el caballo blanco, sí, pero no me pidas que rece cuando llegue”. Boludo, llegaste, cruzaste los Andes, a los cincuenta y pico de años, hiciste cosas a las que se animan pocos... De ahí al hijo son dos segundos.

—*Algunos hacen la cuenta de cuántos años van a tener cuando el pibe crezca, o si van a estar...*

—Yo creo hay que tener la irresponsabilidad de Anthony Quinn, que los hijos también se crían solos. Que si estás, mejor, y si no estás, si te llegás a morir, tus hijos no se mueren.

—¿Eso dijo Anthony Quinn?

—No, lo digo yo. Yo lo vi a Anthony Quinn, que era un viejo chongo que tenía hijos por todos lados. Yo podría seguir teniendo hijos. La verdad, no me molesta seguir teniendo hijos ni hago ninguna cuenta ni nada, porque también lo podría hacer con ella: “cuando yo tenga 70, voy a tener que tomar más viagra para poder...”. ¡No!

—No se puede vivir así.

—No se puede vivir la vida haciendo cuentas, pero a eso uno llega a través de mucho análisis, de trabajar mucho sobre uno, y cuando las experiencias de tus amigos no te pasan desapercibidas. Cuando ya tenés dos amigos que tuvieron tumor de próstata y el PSA da sobre cuatro y empieza a pegarte al costado, entonces empezás a concientizar que es verdad que todo no dura para siempre. Y entonces empezás a no pensar tanto en boludeces.

—Vos también tuviste la suerte de que tu separación con tu ex no fue conflictiva.

—No, no. No hubo conflicto. Fue juicio de común acuerdo.

—Pero tardaste en mostrarte con tu nueva pareja.

—Lo que a mí me pasaba era que sentía la mirada de la mujer de más de 40 en el supermercado. La Chipi ya estaba embarazada y todavía me seguían mirando como a Cacho Rubio con una mina de 20 años. Me chupaba un huevo, pero lo notaba, y en definitiva me reía porque... ¡qué hipocresía! Son las mismas mujeres que, después, están en los countries hablando con el amante bajo los pinos para que no se les corte la señal. Digo, está todo bien, pero... Yo lo que no he hecho es marketing con mi pareja, no me he sacado una foto y la he subido a Facebook o a Twitter, ¿se entiende?

—Bueno, algunos se pelean con la ex por Twitter, por ahí se les va de las manos...

—Yo me borré del Twitter. Me cansé. La verdad es que no me divirtió, mucho agite. No digo ni que esté mal ni que esté bien. Es como los *Martín Fierro*: está bárbaro pero yo no voy

porque me pone nervioso. Punto. Veo cómo es el juego y cómo tenés que hacer las cosas y digo “a mí no me anotes, no juego y listo”. Con esto me pasa lo mismo.

—Mucha agresión.

—Claro. Y aparte me pasaba lo mismo que me pasó cuando empecé a trabajar en la radio, que le contestaba a todo el mundo. Y por ahí te están tirando carne podrida pero no me importa. Yo voy por el que no tengo y creo en la militancia coco por coco.

—Entonces no podés tener Twitter...

—No, no puedo tener Twitter.

—¿Te acordás cuando teníamos que estudiar a los asirios y los caldeos sin Google?

—¡Yo estudié abogacía sin Google! Pero, bueno, en la secundaria teníamos los manuales de Ibáñez, Repetto... Vos sabés que yo creo que la gente se ha como adormecido, como anestesiado, con esta modernidad de los últimos veinte o treinta años. Y a mí me gusta hablar de estas cosas de la infancia y del barrio en mis monólogos. Me gusta hacerlos acordar de los 24 de diciembre de cuando éramos chicos, el olor de las frutas, las florcitas del paraíso, los cohetes, la ansiedad por volverse a juntar con los primos... O yo estoy tarado o la gente se emociona con todo eso.

—Tiene que ver con su propia vida, con su propia historia.

—Sí, pero tampoco es para cualquiera que tenga 50.

—Claro, tenés que haber caminado calles de tierra y haber tenido...

—Que te haya quedado, ¿viste? Hay muchos giles que han caminado Fiorito y no aprendieron un sorete. Hay toda una generación que ha jugado con plastilina y la vida les ha pasado y son estúpidos. Ahora hay muchos vagos a los que se les da por hablar todo el tiempo de los códigos de barrio, y lo repiten, y lo repiten, es como decir “yo no soy puto”, “yo no soy puto”. Cuando tenés que explicar tanto es porque está todo mal, ¿no? “Yo soy de barrio”, “soy del tablón”... Yo no sé, yo soy de Santa Fe.

—A mí lo que me parece cuando uno habla de las chicas jugando al elástico, y los pibes usando Flecha o Pampero, o de boliches como Pinar de Rocha o Juan de los Palotes, es que en aquella época había como una cosa en común, una especie de socialismo espontáneo, como el peronismo en los 50. Hoy sería imposible porque hay más diferencias, de capas sociales, de poder adquisitivo y demás.

—Sí, pero está bueno si no te quedás en la marca, ¿me entendés? Para que la marca no quede como una cosa superficial, está bueno profundizar un poquito más sobre lo que pasaba con esos afectos, que es ahí donde me parece que está piola meter la aguja, porque si no, nos quedamos en la tela. Los afectos, el tío que más te quería y el que no te quería, la abuela, el padre que por ahí vos sentís que le levantaba la voz a tu mamá y “¡callate la boca!”, la mujer que se bancaba que el padre viniera tarde, cosa que ahora no se bancarían las mujeres, que salen a pelearle de igual a igual a los hombres. Por ahí me parece que estamos jugando más fuerte

—Y hay cosas de color que parecen de hace quinientos años: ponerte un vaso de agua en la cabeza para ver si estabas insolado, el secante en el pie para tener fiebre. Vos hablabas de la chomba de Vanlon...

—Sí, es divertido. Y te digo más. Los hijos, a los que parece que no les interesa lo que estás diciendo, se copan con eso. Vos se los contás a modo de cuentito, como contaban nuestros abuelos. “Yo estaba en la guerra civil española y un día me pegaron un tiro, que pegó en un campanario...”, y vos, que estabas con la plastilina que venía a ser el pendrive de la cosa, te quedabas con la boca abierta, porque ese relato te movía, te llevaba a un mundo de fantasía.

—También sos de la época de la tele de cuatro canales.

—Dos canales: el 7 y el 13. El único que tenía televisor era don Papini, de Tiendas Papini. Vivía en la única calle asfaltada y tenía un sillón como de brocato que daba a la ventana. Y la señora abría la persiana y entonces íbamos todos los vagos y

nos quedábamos ahí mirando por la ventana, sin pestañear. Veíamos *El muñeco maldito*...

—Claro, y El hombre que volvió de la muerte, ¿no? Biondi...

—A mí no me gustaba Biondi. Es políticamente incorrecto, yo sé, se bajan los sponsor, pero no me hacía reír.

—¿La nena con Osvaldo Miranda?

—Sí. Miranda y Joe Rígoli. Balá. Me gustaba Abbot y Costello, Jerry Lewis, *La Campana de Cristal*. ¡Ah, qué linda que era *La Campana de Cristal*! Después me acuerdo de *Sábados circulares de Mancera*. ¡Impresionante! Mirábamos mucha televisión. Después vino *Rolando Rivas taxista*.

—Por supuesto, el gran Migré.

—En mi casa la radio estaba prendida todo el día. Viste que la radio es continuidad. La prendés y te vas a hacer los mandados y la radio queda prendida para que el ladrón sepa que hay alguien en la casa y no entre. Es muy linda la radio. La radio era y es una compañía, más compañía que la televisión.

—¿En Santa Fe implementaban walkie-talkie con latas y un hilo?

—No.

—¿Zancos? ¿Rulero con globo?

—Sí, eso sí. Pero el rulero era putín, la gomera estiraba más que el rulero. La gomera con un balón era como una itaka. Si tenías horqueta, mejor, la horqueta era de madera, agarrada con pedacitos. O si tenías un tío herrero, tornero o matricero, te hacía la de fierro. Y la bombita era la bombita que duele, que es la que tiene aire y coso, o con meada adentro o con sal.

—¿Le has puesto la bombita de agua vacía a los rayos de la bicicleta para que haga tra-tra?

—Sí. Pero vayamos a algo más fuerte... Masturbaciones distintas.

—En grupo.

—En grupo no. En grupo era degeneración.

—En Haedo podía pasar.

—¿La de la botella de leche nunca la hiciste?

—No, querido.

—¿En serio? Un número nutrido de moscas metidas adentro de la botella de leche de pico ancho y dulce de higo, que era lo que había en esa época, porque la higuera se caía y rosa mosqueta no había. Entonces te lo ponías en la punta y metías el coso, y cuando las moscas querían salir te agarraban convulsiones.

—*Dady, ¿eso era algo común en el pueblo o me estás contando algo que hiciste vos solo?*

—Yo no tendría ningún problema en ese sentido, pero era una de las tantas... Había también comentarios, que nunca comprobé, de muchachos con gallinas y todo eso.

—*Habladurías tal vez. ¿Te gusta cuando te presentan como el hombre que acepta un desafío a los 50?*

—De eso estamos hablando. No es fácil, porque uno tiene modelos aprendidos, códigos aprendidos y adquiridos, y romper con todo eso... es traicionar a tu padre. Pudiendo empujar, se podría seguir. Pero a la larga es sano, digamos. Son decisiones de todas maneras, y son inevitables y es lo que hay de uno en la vida. Mirá, yo creo que estoy aprendiendo que cuando uno sigue siendo niño tiene pocas posibilidades de enfermarse. El niño conlleva una irresponsabilidad, un hacer lo que querés, un patalear y llorar si no hacés lo que querés. Y ese modo de vida, que tampoco uno lo elige desde la conciencia sino que es su naturaleza, me parece que frena enfermedades. Cada uno hace lo que puede, yo no juzgo a nadie. Pero todas esas cosas que uno no hace terminan siendo como enfermedades. Hay que estar atento a todo eso.

—*¿Qué achaques de cincuentón podés acusar?*

—Hoy me duele más el cuerpo de lo que me dolía hace diez años. Le pongo muchas ganas para salir a correr, para ir al KDT con mi amigo Ezequiel, ir a rodar, ponerme los zapatos, el casco...

—*Pero lo disfrutás.*

—Lo hago y lo disfruto, pero le pongo ganas porque me duele, no me sale natural.

—*¿Vos adelgazás cuando corrés? Viste que, después de los 40, el cuerpo se vuelve loco y hace lo que quiere.*

—La verdad es que me cuido mucho, mucho, mucho, y cuando hago dos pelotudeces engordo.

—*Tendés a engordar.*

—Sí, sí.

—*Engordar sería que te crezca un poco la panza, porque tampoco es...*

—La panza, se te deforma el cuerpo, no, no me gusta.

—*Te sale un poco de papada.*

—Eso no me molesta. No me molestan los años en la cara, me molestan en el cuerpo.

—*¿Hay algo que no hacés por la edad? Por ejemplo, ponerte un arito...*

—Arito me puse hace como cuarenta años, qué sé yo, hace mucho tiempo, y tampoco creo que esas cosas sean definitivas de una persona ni la cambien, ni nada. Creo que vos pensás lo mismo.

—*Sí, pero hay cosas que por ahí, cuando uno tiene un espíritu de pibe permanente, qué sé yo, dice “si tuviera 22 años me pintaría el pelo de verde”.*

—No, eso no.

—*O por ahí una remera, que te parece que no te va a esta edad.*

—Beto, cuando mi hijo iba a la sala Faisán en el jardín, y tenía 2 o 3 años, yo hacía de rumbera con una soga metida en la zanja del culo.

—*Bueno, [risas] arriba del escenario todo vale.*

—¡Hay que estar! Estaban las directoras... Y un culo feo, con pelos, no era una cosa agradable.

—*El humor de Dady es el humor que, además, genera en la gente esa cosa de asentir, de mirarse con la pareja y decir “¡es verdad!”. Este tipo está contando algo que me pasó, que me pasa a mí. Es bárbara esa complicidad.*

—Está bueno. Igual que en la radio, está bueno adelantarte un poquito, saber, vislumbrar, intuir por dónde viene la cosa, ¿no?

No quiero parecer adulator, pero presumimos que otra persona, aunque siga exactamente el mismo guión...

—¡No, olvidate! Si fuera así, todos cantaríamos cuartetos o cumbia y tendríamos plata, ¿sí? No es así. Hasta lo que parece más sonso, como hacer el humor chabacano del tortazo, no es para cualquiera. La gente intuye cuando vos no lo hacés de gusto, y entonces no te lo compra. Te tiene que salir, tiene que ser un vómito. Si no sale así la gente no te lo compra. Vos te lo creés a muerte, digamos, y el chiste es. Es como Osvaldo Soriano, que no jugó nunca a la pelota y escribía como si hubiera jugado de cuatro en la selección del cincuenta y pico, ¿me entendés?, ¡y qué bien que escribía! En realidad, cuando te pertenece es cuando es la posta.

—*Uno nota que los tipos de nuestra generación tuvieron papás muy rigurosos, y ni hablar de los papás de nuestros papás, que los sometían a castigos físicos como...*

—Mussolini y Franco.

—*Y después de eso había una devoción por ese padre. Hoy los padres de nuestra edad, con hijos grandes, te dicen que han sido compañeros de sus hijos, que hicieron todo lo que no hizo su viejo con ellos, y que sin embargo no sienten esa devoción desde sus hijos.*

—Yo estoy totalmente seguro de que los hijos la terminan sintiendo. Nuestros padres eran tipos duros. Tenían miedo de quedarse sin laburo y no se podían salvar con un plan social. Un plan social habría sido una indignidad para tu papá o para el mío. ¿Cómo me van a dar plata para que yo no trabaje? ¿Qué es esto de que yo no trabaje?

—*No lo habrían aceptado.*

—¡Se habrían pegado un tiro en los huevos! Entonces, con ese tipo de padres y ese formato... no había psicología ni análisis. A mi papá le daba bronca reírse porque creía que lo debilitaba ante la sociedad. Nuestros padres no conocieron el paco, si no, más de uno habría fumado, porque algunos murieron de cirrosis y tomaban fernet y grapa, ¿me entendés? Hicieron lo

que pudieron y uno se termina amigando con el padre. Yo creo que con los hijos va a pasar lo mismo.

—*No estoy tan seguro.*

—Yo creo que sí, yo creo que algo queda. No sé si la devoción que nosotros tenemos por nuestros padres, pero hay una especie de admiración. ¡Guarda! No sé qué edad tienen tus hijos, pero no es fácil para los hijos tener padres como nosotros. Ojo que mi papá trabajaba en la municipalidad y yo pensaba que no lo iba a superar nunca. Para nuestros hijos la zanahoria está muy lejos, así que no sé por dónde pasa.

—*Estoy seguro de que vos hiciste el ejercicio de machacarles desde muy chicos que si te va bien en esto no tiene nada que ver con el éxito.*

—¡Claro! Yo les he mostrado algunas cosas a mis hijos para que no crean que soy Superman. Yo soy grande arriba del escenario, abajo soy un basurero. Pero además, en todo caso, el éxito es haber podido vivir de lo que elegiste, que también puede ser fabricar mermelada o tener una huertita y vender lechuga.

—*Por supuesto, y que no te aburras de lo que te gusta. ¿Te gustaría que tus hijos trabajaran con vos?*

—Bueno, uno ya está haciendo algunas cosas conmigo. Sí, claro, me encanta la idea de trabajar con ellos.

—*¿Y con los Midachi?*

—Con Miguel y con el Chino bien, todo bien. Siempre charlamos, sabemos de nosotros. Tengo admiración por ellos, profundo respeto, mucho cariño, mucha vida juntos. Pero no más Midachi.

—*Ustedes también dieron la vuelta.*

—Sí, yo la di. Igual yo también me amigué con eso que alguna vez odié que fue Midachi. Me amigué y ahora, desde hace mucho tiempo, lo veo como una cosa ingenua, grata, hermosa, que fue lo mejor que me pudo pasar en la vida.

—*Y has ganado dinero también.*

—¡Ganamos mucho dinero! Mirá cómo te lo digo, así no te sentís tan mal y redoblo tu apuesta. Ganamos mucho dinero y fuimos muy felices.

—¿Cómo te llevas con el dinero? ¿Te preguntás cómo no compraste dólares con esos mangos que te sobraron?

—Ya no. La queja es un momento lastimoso, de una necesidad de afecto que termina produciendo rechazo. Así que no me quejo. Cuando ya pasó, ya pasó. Pasamos el plan primavera, el rodrigazo, el 2001, nada nos puede voltear espiritualmente salvo una dictadura que nos deje derrumbados.

—¿En qué gastas hoy el dinero?

—No gasto en nada, no tengo nada. No sé qué hacer con la plata. No la invierto. Vivo bien, ayudo a mi familia, si les falta algo les doy. Vivo en un departamento, tengo un auto yo y uno mi mujer, y después me doy gustos. Me gusta comprar buenos vinos, buenos vinos, buenos vinos, desde hace mucho tiempo, y me fumo unos fasitos que son caros, los Davidoff. Y no ando pelotudeando, no viajo, no me gusta Nueva York. Si tuviera que ir a Europa, para mí es viejo. No sé ni cuáles son las capitales. Me gusta Brasil, acá, Florianópolis, las ojotas, la cerveza, los langostinos.

—Y todavía llevás bien el cinturón, no llegaste al truco de la camisa afuera.

—¡No! Te hago 100 metros y a más de uno lo dejo atrás... ¡Y con zapatos te corro! No, estoy bien. Correr y bici, ¿eh?

—Bueno, querido Dady, un placer como siempre.

—A ver, demostrame que de verdad es un placer como siempre porque, si no, me parece que soy como todos los boludos que vienen acá y que hablan con vos, como que para vos soy un polvo más... ¡Demostrame que esto no es un empleo público para vos!

—Con pruebas. Sos, junto a Ricardo Iorio, la única persona que vino dos veces a este programa. ¡Te maté!

—Y en cámara, ahora, ¡te voy a dar el culo! ¡Un abrazo!